



LA HORA DE COMUNIÓN CON DIOS, TODOS LOS DÍAS

SABEMOS que Dios hizo a Adán y Eva y que los hizo para Él. Quiso tener comunión con ellos. Ahora quiere tener comunión con su pueblo. La idea es que Dios quiere comunicarse con su pueblo, y quiere recibir comunicación de su pueblo. Esta comunicación no es un asunto de palabras únicamente, sino de entrega de todo el ser en amor el uno al otro. Como dijo Jesucristo:

“...El que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él... El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él” Jn. 14:21,23

Es decir, Dios quiere que le amemos de todo corazón, y este amor se muestra en comunión con Él. Claro, Dios no puede entregarse totalmente a su pueblo, porque Él es infinito. Sin embargo, Dios se comunica en la medida en que su pueblo sea capaz de recibirle.

Al venir a la tierra, Jesucristo tenía el propósito de restaurar la comunión perdida cuando el pecado rompió la relación de amor. En Cristo Dios restaura el mayor beneficio posible para el ser humano: la comunión con Él por la fe en Cristo. Así no nos sentimos solos, y así somos cambiados para glorificar a Dios y gozar de Él.

Por la fe en Cristo gozamos de esta bendición, y queremos cultivarla para llegar a ser más y más como debemos ser. Como escribió el apóstol Pablo en 2 Corintios 3:18:

“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.”

Mediante la comunión con Dios, la imagen de Dios es restaurada más y más en nosotros, la que fue arruinada cuando Adán pecó. Fíjese en los siguientes textos que hablan de esta restauración:

“Porque a los que antes conoció Dios, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo...” Romanos 8:29

“Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores parto hasta que Cristo sea formado en vosotros...” Gálatas 4:19

Con las palabras anteriores Pablo quiso decir que sufría y se esforzaba casi como la mujer dando a luz, deseando y haciendo lo posible para lograr que los creyentes en la provincia de Galacia tuvieran un cambio en ellos, el carácter de Cristo formado en ellos.)

“...Crecemos en todo en aquel que es la cabeza, esto es. Cristo.” Efesios 4:15

“... Habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno...” Colosenses 3:9,10

Solo mediante este cambio, podemos ser auténticamente felices, auténticamente humanos, genuinamente útiles para la gloria de Dios en este mundo. Solo así podemos pensar, sentir, querer, juzgar, actuar, y hablar correctamente. Al nacer de nuevo, al creer en Cristo, el creyente apenas empieza la vida cristiana. Es en comunión con Dios por medio de Cristo y en el poder del Espíritu Santo que el creyente crece como cristiano.

Si es tan importante este crecimiento, la pregunta es:

¿Cómo tener esta comunión por la cual crecemos?

La respuesta es que Dios nos habla mediante las Sagradas Escrituras, la Biblia, y le hablamos por medio de la oración. Esto sucede de manera especial cuando nos reunimos con otros creyentes como iglesia en culto a Dios. Debemos reunirnos todo lo posible en los cultos regulares de la iglesia.

Además, debemos tener comunión personal con Dios todos los días. Cada creyente debe estar diariamente a solas con Dios buscando su rostro. Tenga como guía las siguientes *Sugerencias*:

Primera sugerencia: aparte para el Señor cierto tiempo cada día, ojalá a la misma hora todos los días, para su tiempo de comunión con Dios. Si posible, es bueno que este tiempo sea temprano en el día, quizás la primera cosa después de levantarse, para que la mente esté fresca y para que pueda tener orientación espiritual antes de iniciar las otras actividades del día. Pero, si no le es posible apartar tiempo para la comunión con Dios al principio del día, luego busque el tiempo cuando pueda, ojalá con pocas interrupciones y sin estar demasiado cansando.

¿Cuánto tiempo debe apartar para su culto a Dios, es decir, su comunión con Dios? No hay regla fija en esto. En resumen, busque pasar el tiempo que pueda con el Señor. Quizás menor de 15 minutos es muy poco para entrar de lleno en el espíritu de comunión con el Señor, para

meditar su Palabra y para orar. Si puede tener una media hora o una hora o más, ¡magnífico! Uno no escatima tiempo para estar con su Amado.

Segunda sugerencia: tenga el sitio más adecuado para su hora de devoción, el lugar más privado, de menos ruido, y de menos distracciones. Si puede, es bueno tener el mismo sitio cada día, para que al empezar sea más fácil recogerse y entregarse a la actividad de buscar al Señor.

Tercera sugerencia: Bueno, digamos que llegó el momento de su comunión con Dios. ¿Qué hacer? Primero, prepárese, recogiendo sus pensamientos, y dirigiéndose a Dios brevemente en oración. Ore a Dios pidiendo su bendición en el tiempo con Él. Recordamos que en todo, dependemos de Él y de su Espíritu, y esto de manera especial en los ejercicios espirituales.

Cuarta sugerencia: abra su Biblia a la parte que le corresponde para el día. ¿Cómo escoger cuál parte leer? Es bueno por lo regular leer a través de un libro entero de la Biblia, y después otro, etc. Así va siguiendo el hilo de cada libro y recibe el mensaje completo que Dios quiere dar por medio de dicho libro. Podría empezar con uno de los evangelios. Después lea alguna de las cartas de los apóstoles. Después otro evangelio, y así sucesivamente hasta completar el Nuevo Testamento. Luego lea el Antiguo Testamento.

Si prefiere, existen unas hojas de guía para la lectura diaria. Solicite una.

¿Cuánto de la Biblia debe leer cada día? No hay regla fija. Si tiene tiempo para leer todo un capítulo cada día, ¡maravilloso! Si no, escoja una parte, un párrafo de un capítulo. Lo importante es que tenga tiempo para entender y meditar lo leído. Claro, uno no debe demorar tanto que jamás lea toda la Biblia, porque todo ella es importante.

Quinta sugerencia: bien, a leer la parte que le corresponde. Al leer, busque primero cuál es el tema o el título que resume lo leído.

Aconsejamos que tenga un cuaderno en el cual escribir lo que aprende. Esto no es esencial, pero es una ayuda para poder recordar y para poder cristalizar sus pensamientos. Al fin y al cabo, la comunión con Dios implica estudio, pensamiento, esfuerzo mental, aprendizaje. Es asunto de entender un libro, la Biblia, la Palabra de Dios. De otra forma, uno no escucha en verdad lo que Dios está diciendo. Lo que uno no comprende o no asimila, para poco sirve.

Así, pues, con su cuaderno abierto, escriba arriba en la página la fecha del día. Después, en el renglón siguiente, anote la parte que va a leer. Después de leerla, en renglón aparte, escriba el título o el tema de lo que ya leyó. Así:

Fecha:

Pasaje Bíblico:

Tema:

Sexta sugerencia: si tiene tiempo, lea el pasaje otra vez, y después escriba un breve resumen de lo leído. O, si no lleva cuaderno, diga en sus propias palabras lo que ha leído. No es asunto de incluir todo detalle, sino lo esencial. Uno quiere entender cada parte de la Biblia. Así, pues, en renglón aparte de su cuaderno, escriba:

Un resumen breve del pasaje:

Séptima sugerencia: no hemos terminado todavía. El propósito de entender la Biblia es el de ponerla por obra. Así es que ahora, en un renglón aparte en el cuaderno, anote:

La lección para mí:

Escriba allí brevemente la lección que Dios tiene para usted en esta lectura y meditación. En cada pasaje hay muchas lecciones. Pero usted va a escoger una o dos que son las más importantes para usted en el momento y en sus circunstancias particulares. En esto, tiene que ser muy personal y muy específico. Busque que su vida sea cambiada a la luz de la Biblia. Para ayudarle a discernir qué podría ser la lección para usted, hágase todas o algunas de las siguientes preguntas:

1. ¿Hay algún mandamiento que debo obedecer?
2. ¿Hay algún pecado o error que debo evitar?
3. ¿Hay alguna promesa que puedo reclamar?
4. ¿Hay una amenaza a la cual debo prestar atención?
5. ¿Hay una oración que podría hacer a Dios?
6. ¿Hay alguna explicación de la cual puedo aprender? Sobre todo, ¿hay alguna explicación en cuanto a la salvación de Dios por medio de Cristo?
7. ¿Hay alguna virtud o cualidad (amor, gozo, paz, paciencia, bondad, honestidad, etc.) que debo tener o aumentar?
8. ¿Hay un buen ejemplo que debo imitar?
9. ¿Hay un mal ejemplo que debo evitar?
10. ¿Hay una verdad en cuanto a Dios (Padre, Hijo, Espíritu Santo) que debe motivarme en mi conducta?

Octava sugerencia: no hemos terminado todavía. Ya a la luz de la lectura y meditación, sabemos qué debemos hacer. Pero, ¿qué haremos? Es importante no dejar la cosa en el aire, sino ser muy específico, y escribir exactamente qué haremos. Así, pues, en un renglón aparte en su cuaderno, escriba:

Lo que pienso hacer:

La hoja de su cuaderno parece más o menos así:

Fecha:

Pasaje:

Tema:

Un resumen breve del pasaje:

La lección para mí:

Lo que pienso hacer:

Novena sugerencia: ore. Diríjase a Dios. Hasta ahora, hemos escuchado la voz de Dios. Así es la comunión con Él. Nótese que escuchar la voz de Dios exige pensamiento, estudio, y atención. No podemos estar dormidos y tener comunión con Dios. No es asunto de poner la mente en blanco y esperar que nos sobrevenga algún sentimiento. Queremos oír y entender. Siendo que Dios nos habla en la Biblia, tenemos que entenderla.

Pero ahora siguiendo en la comunión con Dios, debemos responder y hablar a Dios. Esto se llama **oración**. No es charlar con uno mismo, sino dirigirse a Dios. Esto exige concentración y atención. Uno tiene que tener todo el pensamiento puesto en lo que está haciendo. Cierre los ojos. ¿Arrodillarse? Sí, si quiere, pero no es necesario. ¿Levantarse las manos a Dios? Sí, si quiere, pero tampoco es necesario. La posición del cuerpo no es lo esencial. Sea como sea, busque al Señor con todo el corazón. Quiere que Él le oiga. ¿Hablar en voz alta? Sí, si quiere y si no molesta a otras personas. ¿Hablar en voz baja? Podría ser. ¿Orar sólo con el pensamiento? Esto también es aceptable.

¿Qué decir al orar?

Dé gracias a Dios por lo que aprendió de su Palabra. Pida que Dios le ayude a obedecer, a cambiar y a cumplir, y todo para su gloria.

Alabe a Dios por lo que es y por lo que ha hecho. Dele gracias por todo, especialmente por su salvación en Cristo y por su provisión. Pero dele gracias por todo, ya que toda buena dádiva viene de su mano.

Confíesele sus pecados. Ruéguele su poder para dejar el pecado.

Ruéguele su bendición en todas las actividades del día.

Preséntele todas las peticiones que quiera con respecto a su propia vida, a favor de otras personas, a favor de la iglesia, a favor de la nación, y a favor del mundo entero.

Para no olvidar las cosas que debemos estar pidiendo, es recomendable tener otro cuaderno en el cual anotar todas las peticiones. Escriba en él los nombres de las personas y los asuntos

por los cuales queremos pedir. A medida que Dios responda nuestras oraciones, podemos anotar la fecha, y así nos animamos a seguir orando con la seguridad de que Dios nos oye y nos responde.

Así, brevemente, con estas nueve *sugerencias* hemos explicado cómo tener comunión con Dios, personalmente, todos los días. Escuchamos a Dios en las Escrituras, y después hablamos con Él en oración.

¡Cuidado, sin embargo! ¡Que esto no se vuelva una cosa mecánica! Tenemos que cuidar que sea en verdad comunión entre uno y Dios y no una rutina de meros ejercicios religiosos o intelectuales.

Pero, sí, debe ser asunto de todos los días. Debemos formar el hábito de vivir conscientemente en la presencia de Dios. Debemos apartar tiempo para estar a solas con Él.

Después de nuestro tiempo con Él, salimos a enfrentar el día. Pero esto no quiere decir que no tenemos más contacto con Dios a través del día. Constantemente, al tener la mente libre de otras obligaciones, nos dirigimos a Él. Oramos sin cesar. En medio de las tensiones y tribulaciones y alegrías del día, recordamos alguna palabra suya. Nos guía en todo. Practicamos la presencia de Dios, porque Él está en todas partes, y gozamos siempre de estar con Él. Nunca estamos solos.

¡Qué privilegio tener comunión con Dios! Y la tenemos mediante Jesucristo y en el poder de su Espíritu.